

PEDRO MARTÍNEZ GARCÍA, *EL SACRO IMPERIO EN LA EDAD MEDIA*, MADRID, LA ERGÁSTULA, COLECCIÓN *SINE QVA NON*, 2022, 214 PÁGS. ISBN: 978-84-16242-50-7

M^a ISABEL DEL VAL VALDIVIESO
Universidad de Valladolid

No es frecuente entre nosotros la existencia de investigadores y especialistas en el pasado medieval de territorios no hispánicos, aunque los hay y los ha habido, algunos de gran relieve. Por eso lo primero que hay que celebrar es que el profesor Martínez García, buen conocedor de la historia de Alemania, se sume a ese camino y nos guíe por el pasado medieval del Sacro Imperio. Lo hace sirviéndose de su amplio conocimiento de la historiografía germana pero también, y considero que aquí radica uno de sus méritos, de fuentes medievales que conoce muy bien y maneja con soltura. Lo hace además con un estilo directo y claro, lo que favorece una lectura fluida y la comprensión de las ocasiones intrincadas circunstancias históricas que narra.

El autor busca facilitar la tarea a quien se acerque a su libro mediante unos breves y útiles recursos que incluye en las últimas páginas. Ofrece una amplia relación de fuentes primarias y una selecta bibliografía, en la que se incluyen algunos trabajos españoles sobre el tema, como los de Estepa y Diago. Añade una muy útil cronología que marca los hitos principales entre los años 800 y 1495; tres mapas, en dos de los cuales se refleja el espacio imperial en el 843 y en torno a 1024, mientras en el tercero se visualiza la zona de influencia de las grandes familias del imperio entre 1273 y el siglo XIV; y una relación de reyes y emperadores, en la que se indica la dinastía a la que cada uno pertenecía y los años en los que ejercieron el cargo. Por último, proporciona un sucinto pero muy oportuno glosario sobre los principales términos y conceptos, en el que explica el sentido que tienen en el contexto estudiado. A estos apéndices hay que sumar una sucesión de ilustraciones que recorren todo el texto proporcionando, mediante la visualización, una buena herramienta para la mejor comprensión de alguno de los argumentos expuestos.

Todo lo anterior puede aclarar algunas dudas o preguntas e incluso evitar ciertos “falsos amigos”, pero lo relevante de la obra de Martínez García son los cinco capítulos en los que está organizada. Tras los agradecimientos de rigor se incluye un preámbulo en el que, además de explicar sus objetivos y la estructura del contenido, arranca su exposición con la decisión de disolver el Imperio tomada por Francisco II en 1806 y los

acontecimientos que se sucedieron, porque, como bien dice, los historiadores sabemos que se explica y comprende mejor el pasado conociendo el final.

A partir de ahí dedica el primer capítulo a la formación del imperio carolingio, periodo en el que se ponen los cimientos de lo que será esa compleja realidad geopolítica que fue el Sacro Imperio. Desde ese momento sigue el sucederse de reyes y emperadores de manera que a continuación se fija en la dinastía sajona, responsable de la restauración y *renovatio* del imperio. El capítulo tercero gira en torno a los salios, etapa en la que crece el peso del alto clero, y en la que se vive la gran crisis del enfrentamiento con el papado que conducirá al concordato de Worms. Los Staufen son los siguientes protagonistas. Con Federico I nace el imperio *Sacro*, denominación que aparece en este momento cuando el emperador, en el diploma de 1157, define sus dominios como *Sacrum imperium*, con lo que se sitúa simbólicamente al mismo nivel que la Iglesia, a la vez que posibilita el inicio de un proceso que agranda la distancia entre papado e imperio. Más adelante, Federico II, al que un cronista denominó *stupor mundi*, atendió a muy diversos frentes, desde los asuntos de Tierra Santa al interés por la cultura y el saber (por ejemplo, profesionalizó la escuela de medicina salernitana), pasando por la cuestión del reino de Sicilia y los privilegios que concedió a la Orden Teutónica en Prusia. Por fin, el último capítulo se ocupa de la Baja Edad Media, periodo en el que, tras el interregno, se alternan en el trono del Rey de Romanos y en el imperial Habsburgos, Luxemburgos y Wittelsbach, un periodo en el que se observa la progresiva secularización de la coronación imperial como ocurre en 1328 cuando Luis IV, excomulgado, es coronado en Roma por dos obispos con el apoyo de las autoridades de la ciudad, siendo sancionado el acto por el antipapa Nicolás V. También es entonces cuando el águila de dos cabezas se incorpora como estandarte oficial, en 1433, en la coronación imperial de Segismundo de Luxemburgo. La obra se cierra con el gobierno de Federico III de Habsburgo, que fue sucedido tras su muerte en 1493 por Maximiliano I, casado con María de Borgoña.

A medida que va avanzando a través de todos esos reinados, el autor explica la formación y evolución territorial y política de Alemania y del imperio, la expansión alemana con la incorporación de nuevas áreas y los conflictos derivados de la difícil conjunción de los reinos que conforman el imperio y de la rivalidad de los ducados alemanes; y al hilo de esto proporciona información para comprender el nacimiento de algunos espacios particulares de poder como Suiza, Austria y el Delfinado. Presta atención a las luchas por el poder, al papel de los grandes alemanes y al establecimiento definitivo de una monarquía electiva en la que el peso y la fuerza de los electores fue en aumento.

Proporciona además las claves para entender todo ese complejo proceso. En este sentido Pedro Martínez resalta el valor tanto del poder simbólico como de las relaciones familiares, llamando la atención sobre el cuidado con el que se establecieron los acuerdos matrimoniales. Respecto al primer asunto, lo aborda desde el inicio cuando recoge que Carlomagno ordenó trasladar la estatua de Teodorico de Rávena a Aquisgrán, ciudad que tendrá un valor central para los reyes de Alemania como lo demuestran las coronaciones que allí tuvieron lugar a lo largo de los siglos. Otro elemento en esa línea fue

la utilización que se hizo de las insignias imperiales, entre ellas la corona y la lanza sagrada, que al final del periodo fueron trasladadas a Nuremberg, localidad que de esta forma afianzó su valor simbólico. Y también algunos gestos, como el traslado a la catedral de Colonia de las reliquias conservadas en Milán una vez que Federico I conquistó esta ciudad.

Tanto en el ámbito de lo simbólico como en el del ejercicio directo del poder las mujeres tuvieron un protagonismo evidente. Martínez García se fija en ellas destacando, por ejemplo, su formación desde los primeros tiempos, al recordar que Rotruda, hija de Carlomagno, tuvo un maestro griego. Estas mujeres se ocupan de la preservación de la memoria familiar, como lo hizo Matilde de Ringelheim, impulsando la fundación de la abadía de Quellingburg en memoria de su marido Enrique I; o bien Cunegunda de Luxemburgo al respaldar la fundación del obispado de Bamberg, ciudad a la que ella y su marido quedaron ligados en el imaginario popular, hasta el punto de que durante la Segunda Guerra Mundial se pensó que la habían protegido de la destrucción. Destaca que las emperatrices son coronadas junto a sus maridos, como Agnes de Poitiers, que recibió la corona del papa en el mismo acto que su marido, Enrique III, a cuya muerte quedó como regente de su hijo Enrique IV; o bien la cuarta mujer de Carlos IV, quien en 1368 realizó su segundo viaje a Roma con el fin de apoyar simbólicamente a Urbano V y que su mujer fuera coronada por el papa que acababa de regresar a la Ciudad Eterna desde Avignon. Además, algunas tuvieron un evidente y efectivo papel político cuando fue necesario y posible, como Adelaida de Borgoña y Teófano Skleraina, abuela y madre respectivamente de Otón III. Pero no todo es poder y gloria, también hay malos tratos, como los infligidos por Carlos IV sobre su segunda mujer, Eufrasia de Kiev; y reacciones consideradas negativas por la sociedad y moral de la época, como la de Margarita de Tirol que, en el siglo XIV, expulsó a su marido cansada de sus excesos, lo que supuso un gran escándalo y su posterior excomunión cuando se casó con Luis, elector de Brandemburgo, hijo del emperador Luis IV “el Bárbaro”, una vez que este logró acordar con ella esa unión en 1342, con el fin de ampliar los territorios de su casa, la de Wittelsbach.

Al hilo del discurso, el trabajo ofrece también una panorámica de la evolución socioeconómica y cultural del imperio a lo largo de la Edad Media. Hace referencia a la fundación de universidades, vinculadas a la necesidad de formar personas hábiles en los asuntos de administración, gobierno y justicia. Así, recuerda la reunión de Federico I con los miembros de los estudios de Derecho de Bolonia y su concesión del documento *Authentica habita*, en el que se recogen por primera vez los derechos y privilegios de las futuras universidades; la fundación de la de Nápoles en 1224 por Federico II, la de Praga bajo el gobierno de Carlos IV en 1348, la de Viena, impulsada por los duques, y la de Heidelberg, que surge por iniciativa del conde Roberto I del Palatinado en 1386. Apunta los cambios que se producen en la táctica y estrategia militar al narrar algunos acontecimientos de la guerra husita. Se fija en el creciente peso de las ciudades y su evolución urbanística, destacando al respecto las referencias a la Praga de Carlos IV; al impulso que dan a Viena los duques, buscando incrementar su dignidad mediante

el aumento del prestigio de esta ciudad; y las referencias a Nuremberg, importante nudo de comunicaciones, en la que, tras el pogrom, fue demolido el barrio judío para establecer allí una nueva plaza de mercado, que todavía hoy es un punto central para vecinos y visitantes. Y hace referencia a las coaliciones urbanas; por una parte, a las alianzas mercantiles, entre las que destaca la liga hanseática; por otra, al enfrentamiento abierto entre las ciudades y los príncipes en 1388-1389, que condujo a un acuerdo con consecuencias institucionales en lo relativo a la organización político-administrativa del reino alemán.

Por fin hay que resaltar que, a lo largo de la exposición, como recurso para hacer más amable la lectura y favorecer la comprensión de los lazos del presente con el pasado, Pedro Martínez hace algunas referencias a acontecimientos contemporáneos. He mencionado alguno, a ellos se puede añadir la película *Alexander Nevski* de Serguei Eisenstein, que en 1938 se inspiró en el recuerdo de la batalla del lago Perpus de 1242 en la que la orden teutónica, afianzada en la zona del Báltico, se enfrentó al desafío de Alejandro Nevski; y la referencia que hizo Bismarck en el siglo XIX a la “humillación de Canosa” en el contexto de la tensión que se produjo entonces con el pontificado de Pio IX. En definitiva, estamos ante un libro que ofrece una sugerente y dinámica exposición de la historia del Sacro Imperio durante la Edad Media. Una obra que se lee con facilidad; que es amena y rigurosa; que ofrece una buena introducción a quien desee conocer y comprender el largo y a veces complicado camino del Sacro Imperio desde sus orígenes hasta el final del siglo XV.